

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, correosales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs. — Trimestre 24. — Fuera de ella, trimestre 30. — Números sueltos un real.

Miércoles 10 de Mayo.

El Eco de Cartagena

NUESTRA ÉPOCA.

(Conclusion.)

Sobrados de razon anden los adversarios de nuestra época cuando la acusan de no soñar con un ideal, de no tener en su mente un solo problema, de no sentir en su voluntad el vacío no colmado de una sola aspiración. Es verdad. Nuestra época no ama un ideal, pero es idólatra del ideal, no está agitada por un problema, pero ha resucitado todos los problemas, dándoles nueva forma y mayor importancia por un deseo, por una aspiración, pero la conmueven los más nobles deseos, las más grandiosas aspiraciones que han hecho latir con entusiasmo el pecho de la humanidad entera.

Renace el ideal artístico con Cónova y Thorwaldsen, con Goya y Delacroix, con Rosales y Fortuny, con Cornetius, Rauch y Kautbach, con Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelshon y Werber, con Meyerbeer, Wagner, Gounod y Verdi, glorias de la escultura, de la pintura y de la música en la Europa contemporánea. Renace el ideal filosófico con Kant, Fichte, Hegel, Schelling, Krause, Comte, Cousin, Littré, Balmes, Sanz del Rio, Martin Mateos y Fr. Cefarino Gonzalez, faros de esplendentes la humanidad. Renace el ideal científico con Linceo y Cuvier, Volta y Galvani, Humboldt y Lyell, Lawisstar y Berzelius, Liebig, y Dumas, Laplace y el P. Sechi, Bichat y Virchoso, esa magnífica pleiade de ilustres sabios honra y prez de la época presente y que son incontables como las estrellas en el firmamento. Renace el ideal poético con Voltaire, Klopstock, Goethe, Schiller, Lamartine, Victor Hugo, Byron, Pouskchine, Leopardi, Manzoni, Duque de Rivas, Quintana, Espronceda, Zorrilla y mil y mil bardos inspirados, que cantan con

fé ardiente el hosana de la resurrección de la edad de oro. Parece que toda Eureka se ha convertido en una Atenas colosal y que nuestro siglo es el siglo de Pericles aumentado de cien codos.

Este hormiguero de la ciencia, a la que cada sabio lleva su contingente de ideas según el poderío de sus fuerzas; esta colmena de las letras y de las artes, en que cada poeta y cada artista trabaja recojido en su colmena en fabricar la deliciosa miel del sentimiento, que han libado en las flores del alma y en las flores de la riente naturaleza; este diálogo sublime de los filósofos a través del tiempo y del espacio, hablando el idioma de cien pueblos, diálogo infinito más grandioso todavía que los máximos del inmortal, del divino Platon; este fértil movimiento hacia el ideal, que nos inspira el culto de la filosofía y el arte, de la ciencia y la poesía, movimiento que parece desordenado como el de un mar tempestuoso, pero en el que se ven corrientes del espíritu más regulares y tranquilas que las corrientes submarinas del vasto Océano; esta fervida aspiración por asimilarnos en comunidad eterna el infinito de la idea y el infinito del sentimiento, reunidos en una síntesis suprema; todo esto, con ser tan grande, con ser tan espléndido, parece pequeño, para pobre, si se compara con esos grandes movimientos de los pueblos para conseguir la mayor suma de felicidad posible en esta tierra, que sigue fatalmente su carrera alrededor del sol, como la humanidad describe providencialmente su órbita alrededor de la libertad.

La Revolución caracteriza nuestra época. Nuestro siglo es el siglo de las revoluciones; saltos formidables que da la Revolución en su veloz carrera de gigante cuando los pueblos, ó los reyes ó las instituciones ponen algun obstáculo poderoso en su camino para detenerla en su rápido progreso, ley tan ineludible para las almas como la de la gravitación universal para los astros; que en el mundo del espíritu como en el mundo de la naturaleza unas mis-

mas leyes gobiernan todo lo creado.

El alma de la Revolución es la libertad y su ley el progreso indefinido. Este progreso es la realización sucesiva en la historia del ideal, norte de la conciencia humana, imán de su voluntad. Así, pues, la Revolución aspira constantemente a convertir hechas prácticas las ideas puras. Por eso hay Revolución en todas las esferas en que se agita y desenvuelve la mente del hombre al calor fecundante de la idea. Por eso hay una revolución artística y una revolución científica, una revolución filosófica y una revolución poética, una revolución religiosa y una revolución política, una revolución industrial y una revolución mercantil y por encima de todas ellas esta la Revolución social como una esfera total que abraza y comprende dentro de sí todas aquellas, que solo son esferas particulares de la actividad racional. En efecto; su resultado es sintético, manifiéstase de un modo general en toda la sociedad, a la manera que los astros que forman por su conjunto un grupo estelar en el firmamento tienen cada uno de por sí sus movimientos propios y tienen como constelación un movimiento común alrededor de otra estrella de más importancia que la suya en el sistema de los soles. La astronomía del espíritu tiene las mismas leyes que la mecánica celeste.

Si nuestro siglo es el siglo de la Revolución y esta tiene por punto de mira el culto de lo ideal, hay que convenir en que es nuestra época la más entusiasta sacerdotisa del Ideal, de todas cuantas se han sucedido en las páginas de la historia. Contestas a esto sus detractores si pueden, que no podrán, porque la fuerza de la verdad es incontrastable y disipa con sus vividos fulgores las densas nieblas de las inteligencias más oscurecidas, a la manera que el sol de la mañana rasga con los rayos de su luz las sombras misteriosas de la noche.

Siglo de crítica es el nuestro, que busca impreso en todo el sello indeleble del ideal; siglo de combate, como que pelea por la conquista

del ideal. Siglo prodigioso, en que el espíritu del hombre cabalgando sobre hipogrifo de hierro con entrañas de fuego palpitantes a impulsos del vapor, que es sangre hirviendo del monstruo, recorre frenético la superficie de la tierra y la superficie de las aguas, horrando los continentes y los mares del mapa de la civilización, haciendo a todos los hombres miembros de la gran familia humana que mora en este planeta. Siglo lleno de maravillas, en que el hombre horada las montañas para suprimir las fronteras; surca el líquido elemento en flotantes palacios que son también formidables atarazas; hiende los aires a bordo de la débil barquilla del globo aerostático; baja al fondo del océano dentro de frágil escapandra ó de ferrado icetino; rompe los istmos para confundir dos mares en un mismo abrazo; lleva su pensamiento y su voluntad de un lado a otro del planeta en alas del rayo, encadenado a él cual Prometeo en la montaña; se orienta con la brújula en la tierra, con el telescopio en el cielo, con el reachevo químico en las profundidades de la materia, con el microscopio en el secreto de los organismos, con la historia en el pasado, con el estudio asiduo en el presente, con la filosofía en el porvenir, con las ciencias en el cósmos y con la poesía y el arte en el interior del alma; convierte a un rayo de luz en dibujante, por medio de la cámara oscura; convierte a un rayo de electricidad en escultor, por medio de la galvanoplastia; convierte a una piedra en colorista, por medio de la cromolitografía; convierte al acero en grabador, por medio del grabado metalográfico; convierte en escribiente, por medio de la imprenta; convierte en trabajadores siempre activos y siempre expertos a los metales; a las maderas y a las piedras, por medio de las máquinas; hace esclavos, en fin, de su poderío a todas las fuerzas vivas de la naturaleza, relegando el trabajo manual a la humilde condición de mero auxiliar de los nuevos siervos de que dispone el hombre, y obligándole